



SIMETRÍAS





Nadie hubiera notado la diferencia. Al menos no a simple vista y no en un vagón de metro atestado a las ocho de mañana, un lunes cualquiera. Si hubiera que señalar a un culpable, a un verdadero responsable, nadie se inclinaría por alguien como yo, un ejecutivo entregado a las páginas de su diario financiero, escorado sobre la barra de metal, manteniendo apenas la verticalidad y luchando por hacerse un hueco mínimo entre la multitud hacinada. El vagón siempre va lento a esas horas y el aire se carga con facilidad. Los avisos de megafonía que advierten de la inminencia de las paradas y de la probable presencia de los carteristas nunca se entienden y son solo un rumor de fondo al que nadie hace caso. Todo el mundo va abstraído y en sus cosas, pensando en su trabajo, en sus miserias o en que llega tarde a algún sitio. Pero para mí, todo ese fingimiento de aparente hartazgo y normalidad es solo un decorado falaz de cartón piedra, el lugar idóneo donde ensayo impunemente el arte de la simetría. Es difícil de explicar. Difícil sin parecer un pervertido o un salido o un simple idiota. No me importa ser juzgado ni dejar un testimonio insensato o que parezca falso. A mí, lo que me gusta, lo que me gusta una barbaridad, es acercarme sin que se note a la chica de al lado, juntar la mía con su espalda y aspirar de su piel y rozar, aun-

que sea un milímetro, lo que dura un frenazo, de su hombro o del tirante limítrofe de su vestido, sentir el olor de su cabello confinado en una prisión de horquillas y notar nuestras espaldas pareadas e iguales, su carpeta lo más alejada posible de mi diario. Fue practicando la simetría como conocí a Virginia un lunes de hace tres años. Yo no la había visto, claro, en eso consiste el juego, en no vernos nunca jamás el rostro y solo reconocernos por la espalda, en enamorarnos paulatinamente del olor del otro y del tacto casual que el apretujamiento del vagón favorece. Me acerqué a ella como me acercaba a las demás, ganando la distancia milímetro a milímetro, con cautela y disimulo para no ser descubierto por la multitud facinerosa del vagón, aprovechando el frenazo entre las estaciones de Iglesia y Ríos Rosas. Sentí mi espalda acoplarse a la suya, mis vértebras coincidiendo como un mecano y mis brazos también, la respiración idéntica y llevada al compás y sobre todo, la cálida concavidad que se iniciaba justo debajo, al comienzo de la falda. Cada movimiento del vagón la atraía un poco más hacia mí y su cadeira de péndulo tenue era apenas un contacto esporádico, que requería cada vez que ella ya no estaba. Me había sucedido en otras ocasiones, en el pasado, me había sucedido que cuando me acercaba a ellas, a las demás, saltaban como por un resorte electrificado, buscando el centímetro que nos devolvía otra vez a la separación insalvable del resto del pasaje. Pero con Virginia fue distinto. Buscó su hueco en mi espalda con naturalidad y nos acomodamos el uno al otro en las aperturas subterráneas y asfixiantes de un lunes cualquiera. No nos dijimos nada. Eso ocurrió el primer lunes. Los siguientes —ella siempre subía al mismo vagón en la estación de Tetuán, a la misma hora— repetí la aproximación y ella nunca jamás se retiró, todo lo contrario, si no era yo, era ella la que me buscaba. Gracias a esta cercanía, aprendí a reconocer en ella el olor agridulce de sus lunes por la mañana, el frescor como a jabón de pomelos o mangos o fru-

ta madura los miércoles a primera hora y ese olor ferruginoso, como a gozne oxidado, cuando sufría calambres los primeros días de la menstruación. Durante las semanas que duró nuestro idilio de no decirnos nada, tres en total, espalda contra espalda, aspiré de ella y sentí a diario el murmullo de su MP3, el ritmo tecno-pop de Bootsy Colins o Propellerheads o Largo y nunca jamás vi su rostro, nunca quise romper el encantamiento de la simetría. Tenía mis motivos. Porque aunque nadie me crea ahora y todos me juzguen apresuradamente yo solo me enamoro de las mujeres a las que no les veo el rostro. Me enamoro de su olor y de su tacto y de su voz y me enamoro de su espalda, me enamoro en definitiva de lo que los otros hombres desprecian o de aquello en lo que no reparan hasta meses después, cuando muchas veces ya es demasiado tarde. Pero poco más. Desde niño, siempre ha sido así. Incluso en la guardería prefería el exilio de mi rincón y mirar los dibujos de la pared e imaginar qué estaría sucediendo a mi espalda, qué pasaría en aquella batalla campal de peluches y bolas de plastelina volando por el aire. La primera mujer con la que me masturbé es solo otro ejemplo. Vivía pared con pared conmigo y dormíamos separados por un tabique, en el fondo, bien mirado, apenas quince centímetros. Muchos matrimonios, siempre lo he pensado y lo sigo creyendo, duermen más separados que nosotros entonces, menos cerca. Mi vecina de al lado practicaba con cierta promiscuidad la visita de otros hombres que siempre terminaban entre sus piernas, gimiendo y empujando el cabecero de metal, destrozando nuestro tabique de yeso compartido, 'venga, nena, que ya casi llego', mientras yo, en la soledad de mi dormitorio, me desabrochaba los vaqueros e introducía la mano en el calzón y miraba el cielo raso e imaginaba cómo sería ella y cómo olería y qué tacto tendría, una y otra vez, ya digo, a tan solo quince centímetros de distancia. Nunca supo que yo estaba al otro lado del tabique porque esas cosas nunca se saben si no se tie-

ne el valor necesario para confesarlo y cuando unos meses después, a través de la mirilla, la vi mudarse con su somier enrollado con cordeles y su cabecero bajo el brazo, quedó su más profundo silencio platónico al otro lado, su ausencia de partículas más sólida que cualquier otro cuerpo tangible. Y cuando después se lo he contado a alguna otra mujer sintiendo su espalda y buscando su complicidad —con esa añoranza con que buscamos el reconocimiento en las peripecias sexuales que nos precedieron— ella ha zanjado la conversación con un bufido y se ha levantado para decir ‘ya basta, estás como una cabra’ y salir desairada de la cafetería o bajarse de la noria casi en marcha o llevarse su toalla lejos de la mía. Pero con Virginia fue todo muy distinto. Aquel lunes después de tres semanas de sentirnos simétricos, el metro frenó por fin bruscamente y el pasaje se escoró hacia delante y ella se me vino encima de un modo involuntario, clavándome su carpeta. ‘No quería molestarle’, me dijo, ‘disculpe usted’. Y antes de que siguiera con sus excusas, las mismas de siempre y las de todo el mundo, yo le grité que por favor, por lo que más quisiera, no me mirara.

—No quiero echarlo todo a perder —continué.

—¿Qué es lo que no quiere echar a perder?

—A usted —le respondí—. He notado que me mira y no quiero que lo haga.

—En ese caso no lo haré —y volví a sentir su espalda acoplada en la mía, cálida y comprensiva como siempre.

Virginia hizo una pausa y permanecimos en silencio. Un obrero, con un mono azul escarchado de motas de yeso, nos observaba desde la barra con la mano en el freno de emergencia. Me dedicó una mirada oblicua y curiosa, como si no acabara de comprender por qué le hablaba al pliego del periódico si la chica que me había empujado estaba justo a mi espalda. Sentí que Virginia se separaba un poco de mí, desechada quizá por mi actitud misteriosa y me creí en la obligación de explicarle:

—Creo que estoy enamorado de usted.

Fue un ataque de valentía, ahora o nunca, me dije, ya lo he dicho, en estas cosas es mejor lanzarse y ver qué pasa, con la vecina del B nunca tuve la oportunidad. El obrero del mono azul observó mi declaración de amor fascinado con los ojos como platos, sin dar crédito y completamente integrado en la obligada expectación despertada por mis palabras. Me concentré en un planito de metro que había a su espalda y conté el número de estaciones que había entre Colonia Jardín y Cuzco, nueve en total. Virginia, en todo ese tiempo, no dijo nada. Seguro que este era el momento que ella aprovechaba para decirme que yo era un salido, un guarro, un perverso, en que me insultaba y se apartaba de mí y salía en la siguiente estación y el resto del pasaje me lanzaba sus miradas insidiosas y reprobatorias, como si fueran a ajusticiarme de un momento a otro y yo fuera un carterista más, suplicando por llegar sano y salvo a la siguiente estación para huir. Pero no fue así. Por primera vez el metro paró en Tribunal y Virginia aprovechó el embarque de nuevos viajeros para apretarse más contra mí, para *sentirse* más en mí, simétricos ya por completo, sintiéndonos el uno al otro en medio de aquel invierno de cuerpos que recorría el subsuelo de la capital, parada a parada. Después de una declaración de amor se forma un silencio incómodo que puede llegar a parecer ridículo y que hay que romper de cualquier manera. ‘Platón’, le dije, ‘pensaba que al principio del mundo los hombres fueron *dobles*, unidos por la espalda y los brazos y que esa misma duplicidad los convertía en invencibles y seres formidables. Los dioses, para restarles poder y convertirles en criaturas dóciles, les separaron, la mujer por un lado y el hombre por el otro y desde entonces’, continué, ‘luchamos con nuestro doble y lo buscamos, es la nuestra una relación ambigua de amor-odio y necesidad, de dependencia si quieres, como la de todas las partes que se buscan porque se intuyen y no se encuentran. Por eso, cuando estas dos partes se

vuelven a reunir, aunque sea en un vagón de metro como este, ese doble indivisible se consolida otra vez y se vuelve poderoso e invencible, planta cara a los mismos dioses'. A Virginia le gustó la historia de Platón y mis motivos. Poniéndole a él como excusa, no parecía tan descabellado. Ella tenía más o menos mi estatura y como si fuéramos uno, podía sentir su respiración acompasada y expectante, arriba y abajo, perfectamente sincronizada a la mía. A pesar de la mirada inquisidora del obrero, le seguí explicando a Virginia que me había enamorado de ella hacía tres semanas, 'usted no lo sabe, pero su olor y su espalda me traen loco desde hace mucho y no quiero echarlo todo a perder...'

—Si yo la miro a usted —le dije— o usted me mira a mí, terminará la magia de los dobles. Ahora somos invencibles y usted es la más hermosa de las mujeres que he conocido nunca.

No exageraba.

La oí reír por lo bajo, 'qué cosas tiene'. Tardó en responder y cuando lo hizo fue como si meditara, para preguntarme a qué se debía mi *problema*, si alguna vez había tenido una mala experiencia con las chicas, no sé, una ex novia desfigurada en un incendio o si había sido el típico niño gafotas perseguido por los malos del colegio, 'eso marca', dijo haciendo una pausa, 'ser el feo de la pandilla y que te persigan con el tirachinas marca para toda la vida'. El del mono azul asentía a las palabras de Virginia, como si fueran lo lógico, un trauma, algo que explicaba lo mío. Yo le respondí que no, que el no querer mirarla directamente obedecía solo a una necesidad, a una opción personal, enamorarme de lo que no se enamoran los otros hombres, algo solo admisible si uno cree ciegamente en los dobles y en su invulnerabilidad una vez que se reúnen.

—Si quiere, es una manía.

—Pero sin verme cómo puede saber que usted y yo...

—Lo sé.

Hay cosas que se saben o por lo menos se intuyen. ‘La certeza solo se tiene en el futuro’, le dije, ‘por eso es un error funcionar solo a base de certezas, porque paralizan de miedo más que ayudan’. Para justificarme, como siempre, le hablé de mi infancia y de mi preferencia por los rincones frente a los espacios abiertos en que batallaban los demás y le hablé de la vecina al otro lado del tabique cuyo recuerdo todavía evocaba en alguna de mis plegarias sexuales. Pero para no confundir más las cosas me creí en la obligación de explicar:

—Pero no se crea, no soy de esos hipócritas que piensan que lo importante está en el alma. Nada de eso. A mí me gusta su espalda y sus omóplatos y sentir sus muslos y su falda y aunque le parezca obsceno...

—De todas formas —dijo ella cambiando de tercio y enfriando la conversación— he notado que es usted muy enamorado. Por ese sistema suyo de enamorarse sin mirar, podría haberlo hecho de cualquier otra.

—Ya le he dicho que llevo tres semanas oliéndola. La reconocería entre cualquier multitud. Su olor es inconfundible.

—Le aseguro que ni me di cuenta.

Me pareció entonces que levantaba el brazo, como si se olisqueara la axila. Habíamos llegado a Gran Vía. El obrero tenía que bajarse y ahora dudaba entre si hacerlo o no, necesitado quizá de conocer el desenlace de lo nuestro.

—Bueno. Y entonces —dijo para resumir— ¿no puedo mirarle?

—Ni yo a usted, claro.

—Me resultaría imposible mantener una relación así.

—Es una imposibilidad que solo depende de dos y del día a día, de querer ganar a cada segundo.

—Desde luego usted le da vueltas a todo, tiene mucho morro.

El obrero del mono azul cogió su bolsa y su taladro y diciendo ‘por favor, déjenme bajar’, se abrió paso y salió fuera del vagón. Allí, girando el cuello, cuando las puertas ya se cerra-

ban y el metro arrancaba, se perdió entre la multitud irreducible que le arrastró hacia las escaleras mecánicas engulléndole de inmediato. Ahora había quedado espacio de sobra en el vagón y lo previsible hubiera sido lo contrario, pero Virginia se apretaba más y más contra mi espalda, dejándose sentir.

—Siga hablando —me dijo.

Me gusta usted porque respira sin prisas —continuó—. Lo noto en su espalda ahora mismo. No me tiene miedo ni me considera un loco porque desde que le he dicho que me he enamorado de usted, ni su respiración ni su pulso se han agitado lo más mínimo. Si usted quisiera, haríamos una gran pareja, ya le digo, un doble invulnerable.

—Estoy impresionada.

—¿Aceptará entonces un café?

—Debería pensármelo. Acabo de conocerle y no parece usted muy normal.

—Pero está interesada y tiene curiosidad.

—¿Y eso cómo lo sabe?

—Porque se le ha pasado la parada y sigue aquí, escuchando lo que tengo decirle.

—Se cree usted muy listo.

—¿Conoce la cafetería de arriba? Salga primero y camine delante y por favor, nunca, jamás, por lo que más quiera, se dé la vuelta en las escaleras mecánicas. Lo echaría todo a perder —dije pensando en Orfeo y Eurídice—. Usted mirará hacia delante y yo prometo hacerlo hacia atrás, igual que si estuviéramos escapando del infierno y yo le vigilara la retaguardia.

* * *

Cuando Virginia y yo llegamos a la cafetería, nos sentamos en la misma mesa con los respaldos de las sillas contra el borde, ella mirando hacia la máquina tragaperras y yo

hacia el cristal del escaparate. El flujo de viajeros era incesante al otro lado de los torniquetes. La tragaperras coreaba con sus luces las probabilidades de un premio inminente. La camarera dejó los cafés en medio y nos miró como si padeiéramos algún tipo de disfunción ocular, algo relacionado quizá con la orientación, ‘aquí tienen sus cafés’, dijo, ‘se los dejo sobre la mesa, justo a su espalda’. Nos girábamos por turnos para echar el azúcar y remover el café, ‘primero usted’, le dije con caballerosidad, ‘luego yo’. Hablamos con la torpeza habitual de nuestros gustos musicales —aunque yo ya conocía los suyos y en esto iba con alguna ventaja—, hablamos de la imprevisible meteorología y con cierto desinterés de las obras que las tuneladoras hacían por la ciudad y cuando ya no lo esperaba, Virginia me preguntó:

—Habrá tenido usted muchas novias, claro.

—Solo una —le dije— y vivía al otro lado del tabique, mi vecina del B. Nos conocíamos bastante bien y podría haber sido la mujer de mi vida si hubiera tenido el valor suficiente.

Escuché a mi espalda un ruido de cucharillas y la taza cayéndose de su mano, nerviosa. Si no hubiera sido porque acababa de conocerla, hubiera pensado que estaba celosa de mi vecina de al lado, que ya no estaba y con la que ya nunca tendría el valor suficiente, porque el valor solo se tiene una vez y luego acaba convertido en lamento, su evolución, por otra parte, más lógica.

—Pero no se preocupe —le dije—, seguro que ella, a estas alturas, terminó mudándose a un chalet y está casada y tiene hijos, sería lo más normal. Envidio la felicidad de los demás cuando se pierden de vista, cuando salen de mi vida.

En la máquina tragaperras se alinearon tres campanas o tres estrellas o tres manzanas, un premio importante. Yo estaba de espaldas y no podía saberlo, solo intuirlo por el sonido de las monedas cayendo y el júbilo repentino de uno de los clientes.

—Vaya suerte —dijo ella—, algunos sí que tienen suerte.

Al cliente se unió su compañero mientras recaudaban las monedas.

—Hay que tener valor y olvidarse de la suerte —dije yo.

—¿Cómo?

—La suerte es la lotería de los necios. Yo necesito saber a qué sabe usted. Solo me falta eso, su sabor para ser feliz. La deseo desde el primer día que la olí.

—¿No pensaré chuparme? Es usted un marrano... —dijo ella al rato—. Si quiere le invito a tomar algo en casa.

Oí cómo se levantaba, cogía su bolso y salía de la cafetería. Yo pagué y la seguí, caminando hacia atrás, espalda contra espalda. Ella iba hacia delante y yo vigilando el camino recorrido. Una vez en la calle, pasamos por delante de una obra en construcción y el gruista se nos quedó mirando al otro lado de la valla, el mando en una mano y el palé de material balanceándose arriba, a punto de caer. En el Mercado Central, las mujeres y el pescadero cuchicheaban a nuestra espalda y enmudecían cuando llegábamos a su altura y los jubilados, entre ellos, acusaban al gobierno de ser demasiado liberal, 'si no, tú me dirás, no se explican estas cosas'. La nuestra era una simetría un tanto torpe, acomplexada y vergonzosa. Caminábamos como esos novios primerizos que no saben si arrebatarse la mano en el cine y caminan en un paralelismo vacilante, pensando qué pensará el otro o si se habrán excedido en la familiaridad del trato. La casa de Virginia quedaba cerca. Entramos en el portal a la vez, 'tú primero', me dijo, 'eso sí que no, pasa tú'. Subimos en el ascensor, yo mirando hacia la botonera y ella hacia la pared, y en un momento dado me confesó que al principio se había sentido un tanto ridícula porque todo el mundo en la calle nos había estado señalando como a bichos raros, pero que luego había empezado a gustarle aquel juego de ser distinta, 'simétrica a ti', dijo de repente, 'de sentirme por primera vez un poco yo y ser la observada y no al contrario'. Yo ya sabía

que la simetría crea adicción y por eso no dije nada y al fin entramos en la casa haciéndonos un pequeño lío, ansiosos como estábamos y cada uno mirando hacia un lado de la puerta.

—No enciendas la luz —la tuteé por primera vez—. De ese modo estaremos más cómodos.

—Yo te guío —dijo cogiendo mi mano.

Me condujo hasta su dormitorio. Las persianas estaban echadas y solo unas rendijas, dos o tres, proyectaban una penumbra sesteada de puntos contra el cielo raso. En el sonido de la mañana se escuchaba un televisor distante y los aplausos de un concurso y un grifo que se abría y cerraba todo el rato. Me desvestí y me tumbé en la cama. En la penumbra, escuché el sonido de Virginia mientras, también ella, se desnudaba en el lado opuesto, los corchetes de su blusa, uno a uno, en un total de siete y la cremallera como un tobogán. Luego el deslizarse de su falda con un movimiento preciso hasta los pies, cayendo sobre la alfombra como una mortaja. Después sentí una cierta presión en el lateral del colchón y el sonido elástico de sus medias arrolladas sobre los muslos. Un segundo de silencio y algo cayó sobre mis labios. No tardé en comprender que se trataba de una de sus medias que había aterrizado sobre mi boca y que Virginia había intentado hacer un ejercicio de strip-tease acorazada por la oscuridad. La media olía profunda e intensamente a ella. Era como si estuviera casi en su *centro*, en su núcleo, era ella sin impurezas por fin.

—Ya estoy desnuda —oí que decía— ¿y ahora qué hacemos?

La sentí tumbarse rígida a mi lado. Con la mano, palpando las sábanas y la almohada, llegué hasta su cabello y ascendí por sus oídos hasta la frente, palpando su nariz y sus mejillas y cuando llegué a sus labios, los noté apertentes y entreabiertos. Recorrí el borde y ella sacó la lengua y atrajo mi dedo hacia dentro y mordió la yema de un modo firme y

doloroso. Sentí entonces su respiración agitada e inconfundible. Me abrí camino hasta sus pechos grandes de madre, desbordados por el lateral, casi inabarcables, muy parecidos en su generosidad a los que yo había imaginado sintiendo su espalda en el vagón.

—Eres preciosa —le dije—. Igual a la que yo había imaginado.

La sentí encogerse de hombros y la escuché reír, ‘déjese de monsergas’. Abrió las piernas lenta y voluptuosamente, como un cetáceo varado, y buscó mi mano para arrastrarla hasta su sexo caliente. Solo entonces me puse sobre ella y cada hueco de su cuerpo se cubrió con el mío, como si fuéramos dos envases de piel acoplándose el uno al otro, perfectamente, dos partes liberándose de su brutal aislamiento, un *doble* por fin conjurado, invencible, mucho más que un deseo que se satisface. Ella se agarró al cabecero de metal y me dijo:

—Terminemos de una vez con esto.

Y en mitad de aquella oscuridad, tuve la certeza de que el vecino de al lado o un vecino cualquiera o un espectador sencillamente, nos escuchaba jadeante, lamentando las decisiones que nunca tomamos por tan solo quince centímetros de distancia, a veces, ya digo, incluso menos.

* * *

Virginia y yo tuvimos que suplir la carencia con un poco de ingenio. Por poner un ejemplo, algo tan sencillo como ir al cine suponía un gran problema. Porque no existen butacas que se den la espalda ni salas de proyección con dos pantallas ni el mundo está preparado en general para los que son como nosotros. Lo resolvíamos comprando cada cual su entrada por separado, ella unos minutos antes, en las sesio-

nes más concurridas y yo después. Dentro, se sentaba en la sala, quizá en las primeras filas, y yo en las últimas, nunca repitiendo el sitio de la semana anterior. Nunca nos dábamos pistas de nuestra ubicación, ni nos mirábamos y ella usaba perfumes distintos para confundir mi olfato infalible. Podríamos haber estado en butacas contiguas y solo habríamos sido dos espectadores hambrientos, que devoran sus palomitas y permanecen atentos a la pantalla, que compiten por recuperar, centímetro a centímetro, el brazo medianero de la butaca.

A Virginia le encantaba el champagne y el cava y observar la copa hasta que las burbujas se decantaban poco a poco, bajando el nivel hasta convertirse en una superficie tranquila como de ámbar. Por eso, ensayamos una fórmula de puntería espalda contra espalda. Nos tocábamos la mano derecha para calcular y yo decía, 'salud', y chocábamos el vaso con la izquierda, a veinte centímetros más o menos sobre el hombro, todo calculado. Nunca rompimos una copa. Cualquier excusa era buena para brindar. Como aquel día, hace ahora dos años, en que le pedí que se casara conmigo. Ahora sé que Virginia siempre pensó que aquella excentricidad mía de ser simétrico acabaría por convertirse en algo gracioso que contar a nuestros nietos. Por eso dijo que sí, claro.

En las fotografías de la ceremonia aparecemos en un altar floreado, yo mirando hacia la capilla de San Benito y ella hacia la de Santa Engracia con el cura justo en medio, dando la bendición a un eje imaginario y enigmático, bendiciendo nuestro amor como partiéndonos por en medio. Solo al final de la ceremonia se presentó un problema con el que no habíamos contado.

—Ya puede besar a la novia —dijo el cura.

Y cerré los ojos. Me di la vuelta lentamente y palpando sus brazos, sus hombros desnudos, el cuello y sus mejillas, busqué sus labios. Y solo entonces, cuando la besé en un pár-

pado o en una ceja o cerca del pómulo, nervioso por las circunstancias, lo deudos de las primeras filas, su tía y su madre en particular, empezaron a reírse y a murmurar como viejas, ‘tú te has fijado, ese chico está fatal’, ‘qué quieres’, respondió la otra, ‘tampoco tenía tanto donde elegir’. Como todos los sonidos que se producen envueltos por el eco de las catedrales, aquellas risas despiadadas se contagiaron a las filas de atrás creando un sonido sectario, insectil, de hormiguero bajo la bóveda. Virginia, incapaz de soportar por primera vez la humillación de ser mi doble y yo ser el suyo, se levantó del reclinatorio y salió corriendo. Escuché sus tacones en las losetas del pasillo central y cuando por fin abrí los ojos, vi una cascada de tul perdiéndose en el fulgor de la puerta de la iglesia, todos riéndose a la vez incluido el cura.

A pesar de aquel incidente y del acoso de su familia durante meses, compramos un pequeño chalet en las afueras, donde nadie pudiera molestarnos. Ciento cincuenta metros cuadrados para nosotros, un vergel de tres habitaciones donde todo era simétrico y había dos de cada cosa. En el pasillo, en el salón y en las zonas comunes pintamos una línea roja que el otro no podía traspasar sin permiso. Por el pasillo caminábamos de cara a la pared, fija la vista en los cuadros y los infinitos archipiélagos del gotelé, ‘buenas tardes cariño’, le decía yo, ‘cómo te va’, respondía ella. Eliminamos los espejos y los retratos y las superficies reflectantes, así minimizábamos los riesgos.

Tampoco hacían falta muchas más precauciones porque yo salía a trabajar a las seis —ya no iba en el metro, claro, me habían ascendido y usaba el coche— y regresaba tarde, cuando ella estaba en la cama u hojeando alguna de sus novelas. Fue durante aquellas primeras semanas de convivencia cuando la simetría empezó a resquebrajarse como los cristales de esas lunas templadas, en pedazos mínimos. Supongo que fue entonces cuando dejó de hacerle gracia nuestra excentricidad. Me lo propuso una noche, en el bal-

cón, a bocajarro, ella mirando el atardecer y yo el interior del salón.

—Somos marido y mujer, entiéndelo.

—Pero yo estoy enamorado de tu espalda y de tu olor, ya te lo dije.

—Mírame, por favor, solo una vez.

—Me lo prometiste.

Y ella se dio la vuelta. Pero yo cerré los ojos muy, muy fuerte y sentí que me cogía por los hombros y me daba la vuelta, forzándome a hacerlo, violentándome como nunca.

—Déjame en paz —grité escabulléndome por debajo de su brazo.

—Tú lo has querido.

Y desde ese día la casa se llenó de trampas. Espejos colocados a traición que aparecían un día aquí y otro allí, fotografías tuyas que emergían entre los calcetines y la ropa interior, prendidas en los magnetos del frigorífico, fotocopias en color que tapizaban la pared del salón de arriba abajo como uno de esas composiciones de Andy Warhol, ella en amarillo, ella en rojo, ella en azul, Virginia por todas partes. Por suerte, en esos últimos meses, había desarrollado un sexto sentido para detectar su presencia y sus fotografías y cerrar los ojos antes. Fue ella la que empezó las hostilidades, la que rompió las reglas más elementales y me buscaba la vista y encendía la luz mientras hacíamos el amor y yo estaba a punto de correrme. No flaqueé jamás. Durante los tres años, nunca me pregunté si Virginia sería rubia o morena, de qué color serían sus ojos, si tendría los labios rojos o si su piel sería pálida y tendría lunares por todo el cuerpo. Nunca quise saberlo. La amaba y eso nunca fue lo importante. Pero ella, impotente, a partir de aquel día, empezó a llorar como una magdalena deprimida por la casa, a no sentirse bien de repente y a encerrarse en su cuarto con llave o a tener vahídos y quedarse sin respiración cada vez que yo volvía del trabajo y pasaba de largo hasta mi cuarto. Juro que yo solo

quería que lo nuestro durara una eternidad, una consecución ilimitada de segundos, que envejeciéramos juntos espalda contra espalda y que encaneciéramos sin que nuestras caricias se resintieran por ello, preservar nuestro doble invulnerable y rechazar la falaz imagen que los demás tenían de nosotros. Solo eso. Y ya casi al final, un día volví a casa y mientras le contaba las desventuras del día en la cocina, escuché cómo Virginia cogía uno de los cuchillos del cajón. Sentí el filo en el costado, a la altura de los riñones.

—O te das la vuelta y me miras o te mato

Yo le dije que no podía hacerlo, que eso sería asesinato y que ella no era una asesina, que la conocía bien y que era incapaz de algo así.

—Tú qué sabrás, si no me conoces, si ni siquiera me miras a la cara.

—Mátame si quieres. Pero no me daré la vuelta.

Ella todavía apretó más el cuchillo.

—He dicho que te mato.

Todavía tengo la marca que me dejó, una media luna de costra que se recompone a sí misma cada semana desde entonces. Pero aquel día yo no me acobardé, claro. Y a los pocos segundos, el cuchillo cayó al mármol con un ruido metálico y la oí salir corriendo hacia el baño, echar la cancela y encerrarse por dentro. Luego abrió el botiquín y escuché el sonido familiar del tarro de píldoras y como siempre, el grifo del agua.

Y luego, bueno, luego pasó algo extraño. Volvieron a desaparecer los espejos y las fotografías. Se rindió definitivamente. Dejó de implorarme que nos viéramos y empezó a convivir conmigo en una indiferencia minada por el silencio, ella mirando su televisor y yo el mío, cada cual por nuestro lado. En cualquier caso, aquella era una simetría defectuosa, que ya nadie podía creerse, ni siquiera Platón. Podría habernos advertido a los demás de los inconvenientes que se producen cuando una de las partes condenada a ser

tu doble ya no quiere seguir, ya no quiere *ser*. Supe entonces que se había roto. La simetría, quiero decir, que por mucho que pusiera de mi parte ya nada tenía sentido. La simetría, todo el mundo lo sabe, es cosa de dos. Con uno solo, es como un espejismo que carece de original y se sustenta quién sabe en qué aire, en qué parcela de atmósfera y en qué viento mínimo. Y la semana pasada, antes de salir a trabajar, entré en la cocina. Ella estaba en bata y con las piernas cruzadas y fumaba sobre la encimera como si habitara en uno de esos lienzos de Edward Hopper, tan realistas y tan falsos a la vez. Sobre la mesa había un tazón de café con leche y una caja de galletas abierta. Le di los buenos días y ella levantó apenas la vista de la mesa, apática, con el gesto lastrado y ojeroso. Su mirada, afligida por el llanto de los últimos meses y la mía, rendida por fin al fracaso, coincidieron en uno de esos segundos con vocación de eternidad en algún punto impropio de la cocina. Esperé que ella me dijera algo. ‘Por fin entras en razón’, algo así, ‘ya sabía yo que no estabas tan loco’. Pero no dijo nada. Solo después de ese segundo eterno, asomó a sus labios una sonrisa sutil, el pespunte, quise creer, de un nuevo comienzo. Ahora sé que fue el primer instante, el primero, en que empecé a odiarla y a ser consciente de la miseria en la que habíamos entrado. Sin decir nada, aquella mañana, me di la vuelta y me fui a trabajar.

Al salir de casa, dejé el coche en el aparcamiento del Champion y caminé hasta la estación de metro más cercana. Mientras atravesaba los torniquetes y bajaba por las escaleras mecánicas y me dejaba llevar por la multitud agonizante, pensé que ahora, por lo menos, ya sabía qué buscar en aquel infierno, qué olor preciso y sobre todo, qué ausencia.

FIN

